

AÑO
IMPAR

Antonio Rodríguez Carmona

A la Biblia por la liturgia

Comentarios a las primeras lecturas
de las misas del tiempo ordinario



evd

Antonio Rodríguez Carmona

A la Biblia por la liturgia

**Comentarios a las primeras lecturas
de las misas del tiempo ordinario**

Año impar

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: Francesc Sala

© 2019, Antonio Rodríguez Carmona
© 2019, Verbo Divino

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra)

Depósito legal: NA. 78-2019

ISBN: 978-84-9073-473-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Índice

| | |
|---|-----|
| Presentación | 5 |
| Distribución de los libros en dos ciclos | 7 |
| Características de los comentarios | 9 |
| <i>Primera semana</i> | 11 |
| Hebreos | 11 |
| <i>Segunda semana</i> | 19 |
| <i>Tercera semana</i> | 27 |
| <i>Cuarta semana</i> | 35 |
| <i>Quinta semana</i> | 43 |
| Génesis 1–11 | 43 |
| <i>Sexta semana</i> | 53 |
| <i>Séptima semana</i> | 61 |
| Eclesiástico | 61 |
| <i>Octava semana</i> | 69 |
| <i>Novena semana</i> | 75 |
| | 307 |

| | |
|--|-----|
| Tobías | 75 |
| <i>Décima semana</i> | 85 |
| 2 Corintios | 85 |
| <i>Undécima semana</i> | 93 |
| <i>Duodécima semana</i> | 101 |
| Génesis 12–50 | 101 |
| <i>Décimotercera semana</i> | 111 |
| <i>Decimocuarta semana</i> | 121 |
| <i>Decimoquinta semana</i> | 131 |
| Éxodo | 131 |
| <i>Decimosexta semana</i> | 141 |
| <i>Decimoséptima semana (lunes-jueves)</i> | 151 |
| Levítico | 156 |
| <i>Decimoséptima semana (viernes-sábado)</i> | 156 |
| <i>Decimoctava semana (lunes-jueves)</i> | 161 |
| Números | 161 |
| Deuteronomio | 166 |
| <i>Decimoctava semana (viernes-sábado)</i> | 167 |
| <i>Decimonovena semana (lunes-miércoles)</i> | 171 |
| Josué | 174 |
| <i>Decimonovena semana (jueves-sábado)</i> | 175 |
| <i>Vigésima semana (lunes-jueves)</i> | 181 |
| Jueces | 181 |

| | |
|--|-----|
| Rut | 187 |
| <i>Vigésima semana (viernes-sábado)</i> | 187 |
| <i>Vigésimoprimera semana</i> | 191 |
| 1 Tesalonicenses | 191 |
| <i>Vigésimosegunda semana (lunes-miércoles)</i> | 199 |
| Colosenses | 201 |
| <i>Vigésimosegunda semana (miércoles-sábado)</i> | 202 |
| <i>Vigésimotercera semana (lunes-jueves)</i> | 207 |
| 1 Timoteo | 212 |
| <i>Vigésimotercera semana (viernes-sábado)</i> | 213 |
| <i>Vigésimocuarta semana</i> | 215 |
| <i>Vigésimoquinta semana (lunes-miércoles)</i> | 223 |
| Esdras | 223 |
| Ageo | 228 |
| <i>Vigésimoquinta semana (jueves-viernes)</i> | 228 |
| Zacarías | 230 |
| <i>Vigésimoquinta semana (sábado)</i> | 231 |
| <i>Vigésimosexta semana (lunes-martes)</i> | 233 |
| Nehemías | 235 |
| <i>Vigésimosexta semana (miércoles-jueves)</i> | 235 |
| Baruc | 238 |
| <i>Vigésimosexta semana (viernes-sábado)</i> | 238 |
| <i>Vigésimoséptima semana (lunes-miércoles)</i> | 241 |

| | |
|--|-----|
| Jonás | 241 |
| Malaquías | 245 |
| <i>Vigésimoséptima semana (jueves)</i> | 245 |
| Joel | 246 |
| <i>Vigésimoséptima semana (viernes-sábado)</i> | 246 |
| <i>Vigésimoctava semana</i> | 249 |
| Romanos | 249 |
| <i>Vigésimonovena semana</i> | 257 |
| <i>Trigésima semana</i> | 265 |
| <i>Trigésima primera semana</i> | 271 |
| <i>Trigésima segunda semana</i> | 277 |
| Sabiduría | 277 |
| <i>Trigésima tercera semana</i> | 285 |
| 1 y 2 Macabeos | 285 |
| <i>Trigésima cuarta semana</i> | 295 |
| Daniel | 295 |
| Apéndice | 305 |

Presentación

Durante estos últimos años han aparecido con mucha aceptación diferentes comentarios a los evangelios de la misa de cada día con enfoques variados, que están ayudando mucho a la participación en la celebración de la eucaristía. En este contexto, la primera lectura, especialmente cuando está tomada del Antiguo Testamento, pasa desapercibida, sin pena ni gloria, en la celebración de la eucaristía. Esto me ha movido a preparar el presente trabajo con el deseo de que sirva de ayuda a todos aquellos que, sin menoscabo de la importancia que tiene la lectura evangélica, quieran prestar atención a las primeras lecturas, aprovechando la gran riqueza que ofrecen sus textos. Por otra parte, la atención a la primera lectura es, indirectamente, una introducción al conocimiento de la Biblia –de ahí el título de esta obra: *A la Biblia por la liturgia*–, pues en los dos ciclos del tiempo ordinario se leen la mayor parte de los libros.

Para realizar este servicio, el leccionario ideal es el del tiempo ordinario, que va presentando los diversos libros de la Biblia en días seguidos, con más o menos extensión, según la importancia del libro. Por su parte, para dar cabida con holgura a la mayor parte de los libros, el leccionario del tiempo ordinario está dividido en dos partes, años pares y años impares, según la terminación del año (por ejemplo, 2019: año impar; 2020: año par), ofreciendo cada parte 29 libros, 58 en total. Esto no es posible con las primeras lecturas de los tiempos litúrgicos fuertes, donde se van eligiendo en función del evangelio.

Los criterios para la selección de los libros y el número de lecturas los exponen los prenotandos de los leccionarios de los años impares y pares así (pp. 40-41): «De los libros del Nuevo Testamento se lee una parte bastante notable, procurando dar una visión sustancial de cada una de las cartas. En cuanto al Antiguo Testamento, no era posible ofrecer más que aquellos

trozos escogidos que, en lo posible, dieran a conocer la índole propia de cada libro. Los textos históricos han sido seleccionados de manera que den una visión de conjunto de la Historia de la salvación antes de la Encarnación del Señor. Los relatos demasiado extensos eran prácticamente imposible ponerlos: en algunos casos se han seleccionado algunos versículos, con el fin de abreviar la lectura. Además, algunas veces se ilumina el significado religioso de los hechos históricos por medio de algunos textos tomados de los libros sapienciales, que se añaden, a modo de proemio o de conclusión, a una determinada serie histórica... tienen cabida casi todos los libros del Antiguo Testamento. Únicamente se han omitido algunos libros proféticos muy breves (Abdías, Sofonías) y un libro poético (Cantar de los Cantares). Entre aquellas narraciones escritas con una finalidad ejemplar, que requieren una lectura extensa para que se entiendan, se leen los libros de Tobit y Rut, omitiendo los demás (Ester, Judit). De estos libros, no obstante, se hallan algunos textos en los domingos y en las ferias de otros tiempos».

Distribución de los libros en dos ciclos

Año impar

Año par

ANTIGUO TESTAMENTO Pentateuco

Génesis
Éxodo
Levítico
Números
Deuteronomio

Históricos

Josué
Jueces
Rut

1 Samuel
2 Samuel
1 Reyes
2 Reyes

Esdras
Nehemías
1 y 2 Macabeos
Tobías

Profetas

Amós
Oseas
Isaías
Miqueas
Jeremías
Lamentaciones
Nahún
Habacuc
Ezequiel

Ageo
Zacarías
Baruc
Jonás
Malaquías
Joel
Daniel

Sapienciales

Proverbios
Eclesiastés
Job

Eclesiástico
Sabiduría

NUEVO TESTAMENTO **Cartas paulinas**

1 Tesalonicenses

2 Tesalonicenses

Gálatas

Filipenses
Filemón
1 Corintios

2 Corintios
Romanos

Efesios

Colosenses
1 Timoteo

Tito

Hebreos

2 Timoteo

Cartas pastorales

Santiago

1 Pedro
Judas
2 Pedro

Escritos de Juan

2 y 3 Juan
Apocalipsis

Características de los comentarios

En mi comentario comienzo ofreciendo una presentación breve del libro y, después, transcribo el texto oficial de la lectura, en letra cursiva, seguido del comentario en letra redonda. Este presenta el texto en su contexto histórico, exponiendo el sentido doctrinal que tenía en su época y el que sigue teniendo para nosotros en el contexto litúrgico en el que se proclama, ya que la eucaristía es el lugar privilegiado de la proclamación de la Palabra de Dios como palabra viva dirigida ahora a los presentes en la celebración. No se trata de una exégesis detallada de todo el texto –imposible, dadas las limitaciones de este trabajo–, sino de la presentación de la idea principal.

Al final ofrezco un apéndice de tipo histórico con el objetivo de ayudar a situar cada libro en su contexto histórico.

PRIMERA SEMANA

CARTA A LOS HEBREOS

Se trata de uno de los escritos teológicos más importante del Nuevo Testamento. En él se exhorta a una comunidad de la segunda generación cristiana, cansada por las pruebas que tiene que afrontar el cristiano y por la monotonía de la vida cristiana, siempre llena de dificultades. Algunos miembros están para abandonar la comunidad, pues no encuentran sentido a esta vida. El escrito diagnostica la situación como deficiencia en la fe, por lo que invita a profundizar en ella para renovar la opción inicial. Lo hace desarrollando tres grandes temas de forma entrelazada, la peregrinación, la perfección y el sacrificio existencial de Cristo sacerdote. En todos ellos Cristo es modelo eficaz y en todos ellos el dolor y la muerte juegan un papel fundamental. Los cristianos somos miembros de una peregrinación que ya ha llegado a la meta, el monte Sion, con Cristo resucitado. Hay que mantenerse unidos y solidarios en el camino. En Jesús muerto y resucitado, la humanidad ha alcanzado la máxima perfección a la que puede aspirar, la glorificación. Pero es una meta que pasa por la muerte. Finalmente, toda la vida de Jesús fue encarnarse, haciéndose solidario con los hombres y su representante, echando sobre sí el pecado del mundo. En esta condición se entregó totalmente a hacer la voluntad del Padre por amor, lo que le llevó a la muerte. Pero el Padre aceptó esta entrega resucitándolo a él y a todos los que representaba. No hay redención sin dolor.

El leccionario dedica cuatro semanas a la carta, presentando en 24 textos la mayor parte de los temas importantes, de forma que se puede seguir su contenido lógico.

Lunes Heb 1,1-6

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su Palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas, tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues ¿a qué ángel dijo jamás: «Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy»; y en otro lugar: «Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo»? Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios».

El trozo comprende el exordio del escrito (1,1-4) y el comienzo del primer desarrollo (1,5-6). El prólogo sintetiza el contenido: Dios se nos ha dado a conocer empleando el medio de comunicación normal entre los hombres, la palabra. En el Antiguo Testamento habló por medio de los profetas de forma imperfecta y fragmentaria a lo largo de una revelación progresiva en la que poco a poco fue manifestando su plan de salvación y la forma de corresponder con él. Ahora, en la plenitud de los tiempos, nos ha hablado por su Hijo de forma definitiva, porque se encarnó y se hizo Palabra viviente que, por su ministerio, su muerte y resurrección, nos dice que él es el sumo sacerdote que nos perdona los pecados y el Señor que nos lleva al Padre para que compartamos su gloria. Ahora, en la celebración de la eucaristía, nos invita a unirnos a su sacrificio para agradecer al Padre que nos ha hablado por medio de él, diciéndonos que nos perdona y nos admite como hijos suyos. En el primer desarrollo, el autor afirma que Jesús tiene nombre divino y humano, es decir, realidad divina y humana, Dios y hombre, por lo que en su persona es mediador existencial entre Dios y los hombres. Los primeros versículos leídos se refieren al nombre divino. En la celebración de la eucaristía se hace sacramentalmente presente la Palabra que nos dirige el Padre y que nos invita a seguirle para ser sus portavoces (evangelio).

Salmo responsorial: *Alabad a Dios todos sus ángeles.*

Evangelio: *Mc 1,14-20: Sumario de la actividad de Jesús. Primeras vocaciones.*

Martes

Heb 2,5-12

Dios no sometió a los ángeles el mundo venidero, del que estamos hablando; de ello dan fe estas palabras: «¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el ser humano, para que mires por él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, todo lo sometiste bajo sus pies». En efecto, al someterle todo, nada dejó fuera de su dominio. Pero ahora no vemos todavía que le esté sometido todo. Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos. Convenía que aquel para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré».

La primera parte de la carta presenta a Jesús con doble nombre, divino y humano, lo que implica que es Dios y hombre y que en su persona es mediador existencial entre la divinidad y la humanidad. Ayer se recordaba su nombre divino; hoy comienza la presentación de varios nombres humanos, como «hombre», «pionero», «hermano». Explica el primero, «hombre», a la luz del salmo 8, que presenta la vocación humana como dominar y someter toda la creación, de acuerdo con lo dicho en Gn 1,28-29: «Creced, multiplicaos y someted la creación». Esto lo ha conseguido Jesús en nombre de toda la humanidad: se hizo un poco inferior a los ángeles con su existencia humana, que terminó en su muerte, y fue coronado de gloria y honor por su resurrección. En cuanto al nombre «guía» o «pionero», Jesús condujo a la meta al pueblo que le sigue mediante el sufrimiento de su muerte, que culminó en la resurrección. Finalmente, es «hermano», nombre del que no se avergüenza. Todo ello es una invitación a afrontar las dificultades y sufrimientos, sabiendo que es el camino para realizar la vocación humana, llegar a la meta y vivir la fraternidad. El evangelio recuerda un exorcismo de Jesús, que fue una faceta concreta de su someter la creación. Este es el mismo Jesús al que nos unimos en la eucaristía y que nos invita a compartir su tarea.

Salmo responsorial: *Diste a tu Hijo el mando sobre las obras de tus manos.*

Evangelio: *Mc 1,21-28: Jesús enseña con autoridad y cura a un endemoniado.*

Miércoles **Heb 2,14-18**

Lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados.

Continuando con el tema del nombre «hermano», se afirma que si el Hijo de Dios quería ser hermano e intercesor «tuvo la obligación» de encarnarse y hacerse hombre para poder ser pontífice. El título de «pontífice», literalmente el que hace un puente, implica ser puente entre Dios y los hombres. Ya era Dios y estaba unido a la ladera divina, pero tenía que hacerse hombre para unirse a la otra ladera, la humana, y así poder interceder por ella y llevarla a Dios. De esta manera, Jesús es pontífice, el que actúa como puente, sacerdote que expía nuestros pecados. Lo hizo viviendo una existencia consagrada a Dios en la que experimentó el dolor y sufrió la tentación. Así nos puede ayudar ahora a los que somos tentados. Hace unos años, una religiosa que superó la enfermedad del ébola compartió los anticuerpos que produjo en su sangre para ayudar a otros afectados por la misma enfermedad; Jesús, igualmente, comparte con nosotros los méritos que adquirió con su muerte y resurrección. En el evangelio, se presenta a Jesús en el comienzo de su actividad sanadora, que culminaría con su muerte y resurrección. Es el Jesús pontífice que nos viene al encuentro en la eucaristía para ejercer de puente y unirnos al Padre.

Salmo responsorial: *El Señor se acuerda de su alianza eternamente.*

Evangelio: *Mc 1,29-39: Jesús cura a la suegra de Pedro y a otros muchos y se retira a orar.*

Jueves **Heb 3,7-14**

Hermanos: Dice el Espíritu Santo: «Si escucháis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones como cuando la rebelión en el día de la prueba en el desierto, cuando me pusieron a prueba vuestros padres y me provocaron, a pesar de haber visto mis obras cuarenta años. Por eso me indigné contra aquella generación y dije: “Siempre tienen el corazón extraviado; no reconocieron mis caminos, por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso”». ¡Atención, hermanos! Que ninguno de vosotros tenga un corazón malo e incrédulo que lo lleve a desertar del Dios vivo. Animaos, por el contrario, los unos a los otros cada día, mientras dure este hoy, para que ninguno de vosotros se endurezca, engañado por el pecado. En efecto, somos partícipes de Cristo si conservamos firme hasta el final la actitud del principio.

El autor introduce el tema de la peregrinación. Dios liberó a su pueblo de la esclavitud egipcia y le hizo peregrinar hacia la Tierra Prometida, pero el pueblo tentó a Dios de diversas maneras, por lo que Dios castigó a esa generación dejándola en el desierto, sin llegar a la meta, y eso solo lo pudo conseguir la generación siguiente. Era un anuncio de la vida cristiana. Por el bautismo todos los cristianos estamos unidos a Jesús, lo que implica que estamos unidos a quien hizo de su existencia una peregrinación al Padre, alcanzando la meta por su muerte y resurrección. Somos miembros de un pueblo peregrino con la tarea de ayudarnos y sostenernos mutuamente en las dificultades del camino. Por eso Jesús nos ha constituido en una familia que tiene que caminar unida, superando las tentaciones del peregrino. Una es quedarse parados y desertar del grupo, cansados de las dificultades; otra es abandonar el grupo por delante, caminando solos, cansados de la lentitud del grupo. Tenemos el peligro de no llegar a la meta, que exige esfuerzo solidario. Jesús, en su peregrinar terreno, pasó haciendo el bien (evangelio) y ahora nos invita en la euca-

ristía a caminar solidarios a la Casa del Padre. ¡Ojalá le oigamos! (salmo responsorial).

Salmo responsorial: *Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: no endurezcáis el corazón.*

Evangelio: *Mc 1,40-45: Curación de un leproso.*

Viernes

Heb 4,1-5.11

Hermanos: Temamos, no sea que, estando aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros crea haber perdido la oportunidad. También nosotros hemos recibido la Buena Noticia, igual que ellos, pero el mensaje que oyeron no les sirvió de nada a quienes no se adhirieron por la fe a los que lo habían escuchado. Así, pues, los creyentes entremos en el descanso, de acuerdo con lo dicho: «He jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso», y eso que sus obras estaban terminadas desde la creación del mundo. Acerca del día séptimo se dijo: «Y descansó Dios el día séptimo de todo el trabajo que había hecho». En nuestro pasaje añade: «No entrarán en mi descanso». Empeñémonos, por tanto, en entrar en aquel descanso, para que nadie caiga, imitando aquella desobediencia.

La primera generación del éxodo no llegó a gozar del descanso prometido por Dios en el Sal 95,7-11, a causa de su incredulidad, pues no se fiaron de Dios y siempre estaban murmurando sobre sus caminos. Por otra parte, este descanso no es el de Palestina, que alcanzó la generación siguiente, porque de ser así no se repetiría más la promesa, pues ya está cumplida. Se repite porque se trata de otro descanso, es decir, del creado por Dios el séptimo día de la creación, que consiste en compartir la gloria y felicidad divinas, la gran meta vocacional del hombre. Esto implica caminar sin cansarse en la peregrinación, evitando todo tipo de distracción y recordando las acciones del Señor en la Historia de la salvación (salmo responsorial). El evangelio nos muestra cómo caminó Jesús en su peregrinación terrena: haciendo el bien, perdonando los pecados y sanando las enfermedades, a pesar de las dificultades y los rechazos. Unámonos a él en la eucaristía, donde recibimos fuerzas y un adelanto del futuro descanso.

Salmo responsorial: *No olvidéis las acciones del Señor.*

Evangelio: *Mc 2,1-12: Curación y perdón de un paralítico.*

Sábado **Heb 4,12-16**

Hermanos: La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que una espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Así, pues, ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar la misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno.

Este trozo es el final de un tema y el comienzo de otro. El primero es un elogio de la Palabra de Dios, que ilumina nuestro caminar, especialmente por medio de las promesas que nos hace, que no fallarán; en concreto, la promesa de un descanso del que acaba de hablar. Es la palabra del que nos ama, conoce nuestras más íntimas necesidades y nos juzgará de acuerdo con sus exigencias. «Tus palabras, Señor, son espíritu y vida», como dice el salmo responsorial.

El segundo resuelve una objeción: es frecuente entre los humanos que el que llega a la cumbre del poder se olvide de los compañeros necesitados con los que antes compartía esfuerzos por la liberación. Pero esto no ocurre con Jesús glorificado, nuestro sumo sacerdote, porque la resurrección ha divinizado todo lo positivo que tenía su humanidad; entre otras cualidades, la capacidad de compadecerse que tenía en su vida terrena. Él fue tentado en todo igual que nosotros, menos el pecado, y por ello sabe lo que es pasarlo mal y puede comprendernos en nuestros problemas. Por eso, en los momentos difíciles, en que nos creemos lejos de Dios, hemos de acudir a él con toda confianza, para que nos ayude. Él pasó por la tierra llamando a los

pecadores y comiendo con ellos, y hoy continúa ejerciendo su tarea, especialmente en la eucaristía, la comida de Jesús con los pecadores admitidos a su amistad (evangelio).

Salmo responsorial: *Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.*

Evangelio: *Mc 2,13-17: Vocación de Leví y su banquete a Jesús.*

SEGUNDA SEMANA

Lunes

Heb 5,1-10

Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a debilidad. A causa de ella, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor, sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy»; o, como dice en otro pasaje: «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec». Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec.

El texto consta de una definición de «sacerdote» y su aplicación a Jesús. Lo define a la luz de la tarea del sacerdote, que es unir a los hombres con Dios. Esto exige dos condiciones. Primero, ser una persona humana, solidaria con los hombres

y capaz de comprenderlos, y, segundo, ser aceptado por Dios y tener acceso a él para poder acercarle a los hombres. Ambas condiciones se dan en Jesús: primero, fue aceptado por Dios, pues lo resucitó y lo sentó a su derecha; segundo, fue humano y solidario, como mostró en su vida mortal, en la que experimentó la angustia de las limitaciones del ser humano, abocado a la muerte, pidiendo al Padre superar esta condición. Getsemaní refleja lo que fue su existencia. Y el Padre lo escuchó, por su amor serio, resucitándolo, dándole la plenitud de la perfección y convirtiéndolo en autor de salvación eterna para todos los que le obedecen siguiendo sus pasos. Así es sacerdote eterno según un nuevo orden de tipo existencial, el orden de Melquisedec (salmo responsorial). Antes, el sacerdocio se ejercía con ceremonias y ritos; ahora, con una vida consagrada al amor de Dios. En cada eucaristía se hace presente el acto sacerdotal de Jesús, que nos invita a unirnos a él para compartir su salvación. Esta es el vino nuevo que exige odres nuevos en una vida renovada (evangelio).

Salmo responsorial: *Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec.*

Evangelio: *Mc 2,18-22: Cuestión del ayuno.*

Martes

Heb 6,10-20

Hermanos: Dios no es injusto como para olvidarse de vuestro trabajo y del amor que le habéis demostrado sirviendo a los santos ahora igual que antes. Deseamos que cada uno de vosotros demuestre el mismo empeño hasta el final, para que se cumpla vuestra esperanza. Y no seáis indolentes, sino imitad a los que con fe y perseverancia consiguen lo prometido.

Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no teniendo a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: «Te llenaré de bendiciones y te multiplicaré abundantemente». Y así, perseverando, Abrahán alcanzó lo prometido. Los hombres juran por alguien mayor, y, con la garantía del juramento, queda zanjada toda discusión. De la misma manera, queriendo Dios demostrar a los beneficiarios de la promesa la inmutabilidad de su designio, se comprometió con juramento, para que por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos ánimos y fuerza los que busca-

mos refugio en él, aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús, sumo sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec.

Antes de comenzar el desarrollo central del escrito, el autor de Hebreos exhorta a fortalecer la esperanza, una de las virtudes teologales. Para ello hay que fundamentar mejor la fe en la Palabra de Dios, que ha hecho una promesa que no falla. Las virtudes teologales, los tres dones de Dios, se basan unas en otras: la fe fortalece la esperanza, y ambas fortalecen la caridad. La fe debe fortalecer la esperanza por dos hechos; el primero es que Dios ha jurado hacer realidad la promesa, por lo que no puede fallar; el segundo es mucho más fuerte: la esperanza ya ha comenzado a cumplirse con la muerte y resurrección de Jesús, nuestro precursor, que ya ha llegado a la meta y desde ella nos ayuda para que también nosotros lo consigamos. Como consecuencia, hay que desechar toda indolencia; primero, porque podemos caminar, como muestra el hecho de que ya hemos hecho muchas obras buenas al servicio del Reino de Dios; después, porque la inconstancia no conduce a nada, sino que, al contrario, la constancia de dar pasos cada día hacia la meta en un contexto monótono es la que nos lleva a la meta. Hay que aprender la mística de la constancia en los días grises. Es la que construye. En cada eucaristía, el Señor, que recuerda sus promesas (salmo responsorial), nos ayuda a seguir caminando, haciendo su voluntad, superando todo legalismo (evangelio).

Salmo responsorial: *El Señor recuerda siempre su alianza.*

Evangelio: *Mc 2,23-28: Las espigas en sábado.*

Miércoles

Heb 7,1-3.15-17

Hermanos: Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios altísimo, salió al encuentro de Abrahán cuando este regresaba de derrotar a los reyes, lo bendijo y recibió de Abrahán el diezmo del botín. Su nombre significa, en primer lugar, Rey de Justicia y, después, Rey de Salén, es decir, Rey de Paz. Sin padre, sin madre, sin genealogía, no se menciona el principio de sus días ni el fin de su vida. En virtud de esta

semejanza con el Hijo de Dios, es sacerdote perpetuamente. Y esto resulta mucho más evidente si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que no ha llegado a serlo en virtud de una legislación carnal, sino en fuerza de una vida imperecedera, pues está atestiguado: «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec».

Desde hoy, la Carta a los Hebreos ofrece una presentación de la originalidad del sacerdocio de Jesús a base de compararlo con el de Aarón o judío. El del Antiguo Testamento, personalizado en Aarón, es a base de ritos y ceremonias; el de Jesús, anunciado por Melquisedec, es a base de una existencia consagrada a hacer la voluntad de Dios por amor.

La carta alude varias veces a Melquisedec como tipo y anuncio del sacerdocio de Jesús. Melquisedec es un rey y sacerdote que aparece dos veces en la Biblia, en Gn 14 y Sal 110. En este último se habla de un sacerdote según el orden de Melquisedec. El Nuevo Testamento lo presenta como anuncio del sacerdocio de Jesús, también rey-sacerdote, tomando pie del comienzo de Gn 14, donde se le presenta con ciertos parecidos a Jesús, pues aparece sin genealogía, lo que interpreta sin padres (pues, según un principio interpretativo de la época, «lo que no existe en la Biblia no existe en la realidad»; si la Biblia no nombra a sus padres, es que no los tuvo) y comprende la etimología del nombre de forma popular como rey de paz y rey de justicia. Jesús es también rey-sacerdote, diferente del sacerdocio de Aarón, solo sacerdotal. Y compara «dos órdenes». Entiende por «orden» una serie de realidades homogéneas que se explican y sostienen unas a otras. El «orden de Aarón» era ritual y legal. Se fundaba en una ley, que justificaba un rito, que justificaba a su vez un sacrificio, que nunca llegó a Dios, pues tenían que repetirlo los sacerdotes. Todo ritual. En cambio, el orden de Melquisedec se fundaba en un juramento de Dios, que consagró a Jesús como sacerdote, por lo que su sacrificio existencial llegó a Dios, y no hay que repetir. Todo existencial. El primero se fundaba en ritos terrenos, «una legislación carnal»; el segundo, en una fuerza de vida imperecedera proveniente del Espíritu Santo. Este es el sacrificio que actualizamos en cada eucaristía, en el que Jesús nos invita a unir nuestra existencia a la suya para llevarla a Dios como nuestro sacerdote. El evangelio recuerda un episodio de lo que fue su existencia sacerdotal, rechazada por los fariseos.

Salmo responsorial: *Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec.*

Evangelio: *Mc 3,1-6: Curación de un enfermo en sábado y decisión de los fariseos de acabar con Jesús.*

Jueves

Heb 7,25-8,6

Hermanos: Jesús puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos. Y así convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día, como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados y después por los del pueblo, porque él lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre.

Esto es lo principal de todo el discurso: tenemos un sumo sacerdote que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, y es ministro del Santuario y de la Tienda verdadera, construida por el Señor y no por un hombre. En efecto, todo sumo sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios; de ahí la necesidad de que también Jesús tenga algo que ofrecer. Ahora bien, si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo otros que ofrecen los dones según la ley. Estos sacerdotes están al servicio de una figura y sombra de lo celeste, según el oráculo que recibió Moisés cuando iba a construir la Tienda: «Mira –le dijo Dios–, te ajustarás al modelo que te fue mostrado en la montaña». Mas ahora a Cristo le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores.

La perícopa une dos textos de Hebreos. El primero glosa el Sal 109 (110),4: «Juró el Señor y no se arrepiente: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec», para destacar las características del sacerdocio de Jesús en contraposición al de Aarón o judío: todo sacerdote tiene que ofrecer algo; el judío ofrece animales, Jesús se ofreció a sí mismo; el

judío se repite, el de Jesús es «para siempre» y no tiene que repetirse, pues Jesús resucitado vive siempre, intercediendo a Dios por nosotros, y puede llevar a Dios a todos los que se unen a su sacrificio. El sacerdote judío es pecador, pero Jesús es santo e inmaculado, por lo que llega a Dios. El sacerdocio judío se realiza en la tierra; el de Jesús en el cielo y está fundado en un juramento de Dios, no en un sistema legal, como el judío.

El segundo texto resume todo lo dicho con una nueva comparación inspirada en el santuario judío. Este tenía dos partes, el santo y el santo de los santos, siendo este último el lugar de la presencia de Dios. Aplicando estos lugares al nuevo sacerdocio de Jesús, afirma que Jesús resucitado es el nuevo sacerdote que oficia en los verdaderos «santo de los santos» y «santo»: su entrada en el «santo» la realizó muriendo y resucitando en nombre de toda la humanidad, lo que le permitió entrar en la presencia de Dios, el verdadero «santo de los santos», donde está a la derecha del Padre intercediendo por nosotros, ejerciendo así su sacerdocio. Es decir, su sacerdocio culminó muriendo y resucitando, lo que le permitió estar junto a Dios con su humanidad glorificada, humanidad que nos representa a todos. En cada eucaristía se actualiza este único acto sacrificial, que nos permite también a nosotros llegar al santo de los santos, lugar de la presencia del Padre, si unimos a Jesús el ofrecimiento de nuestra voluntad: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». Esta es la meta a la que debe llegar el pueblo, que muchas veces sigue Jesús con una actitud mágica e interesada, tal como lo presenta el evangelio.

Salmo responsorial: *Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.*

Evangelio: *Mc 3,7-12: El pueblo sigue a Jesús.*

Viernes

Heb 8,6-13

Hermanos: Ahora a nuestro sumo sacerdote, Cristo, le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores. Si la primera hubiera sido perfecta, no habría lugar para una segunda. Pero les reprocha: «Mirad que llegan días –oráculo del Señor– en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá una alianza nueva; no como la

alianza que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Ellos fueron infieles a mi alianza y yo me desentendí de ellos –oráculo del Señor–. Así será la alianza que haré con la casa de Israel, después de aquellos días –oráculo del Señor–: pondré mis leyes en su mente y las escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, del menor al mayor, pues perdonaré sus delitos y no me acordaré ya de sus pecados». Al decir alianza nueva, declaró antigua la anterior, y lo que envejece y queda anticuado está para desaparecer.

Continúa la contraposición entre los dos sacerdocios. El judío está al servicio de la alianza sinaítica, que fracasó, porque el pueblo no cumplió con su parte; en cambio, el de Jesús es cumplimiento de la nueva alianza anunciada por Jeremías. Este anunció una nueva alianza que sería posible porque Dios comenzaría perdonando los pecados del pueblo y transformando su corazón de piedra en corazón de carne; esto le permitiría grabar la alianza en sus corazones. Jesús la ha cumplido. Así lo afirmó cuando en la última cena consagró un vaso de vino diciendo que contenía la sangre de la nueva alianza con la que Dios perdonaba los pecados. En virtud de ella podemos ser hijos de Dios, miembros de su pueblo, y tenemos a Dios como nuestro Padre y protector. Todo ello es obra de la misericordia y fidelidad del Padre, que, como dice el evangelio, por medio de Jesús instituyó a los Doce para que actualizaran permanentemente la nueva alianza en la eucaristía. Es lo que actualizamos en cada celebración.

Salmo responsorial: *La misericordia y la fidelidad se encuentran.*

Evangelio: *Mc 3,13-19: Elección de los Doce.*

Sábado

Heb 9,2-3.11-14

Hermanos: Se instaló una primera tienda, llamada el santo, donde estaban el candelabro y la mesa de los panes presentados. Detrás de la segunda cortina estaba la tienda llamada santo de los santos. En cambio, Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tienda es

más grande y más perfecta: no hecha por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No lleva sangre de machos cabríos, ni de becerros, sino la suya propia, y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna. Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerro, santifican con su aspersión a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo!

El texto desarrolla una idea que ya apareció antes: los dos modos de intentar llegar a Dios, el de Aarón y el de Jesús. Aquel lo hacía a base de entrar en las dos partes del santuario judío, el santo y el santo de los santos. En el primero podían entrar todos los sacerdotes, pero en el segundo solo el sumo sacerdote, y con muchas restricciones. Además, el hecho de que tuviera que repetirlo todos los años era señal de que realmente no llegaba a Dios y no conseguía el perdón de los pecados. En cambio, en Cristo todo fue existencial: su «pasar por el santo» o tienda consistió en su encarnación, en la que se hizo representante de toda la humanidad, y su vida consagrada a hacer la voluntad del Padre por amor, que culminó en su muerte y resurrección en nombre de todos. Así llegó al «santo de los santos», a la presencia del Padre, consiguiendo el perdón de los pecados para todos. Y esto para siempre: no hay que repetir. «Asciende Dios entre aclamaciones» (salmo responsorial). De esta forma, nos capacita a todos para dar culto a Dios, uniendo nuestra vida a su culto existencial. Es lo que hacemos en la celebración de cada eucaristía, en la que unimos a él nuestra vida, consagrada a hacer la voluntad del Padre, a pesar de las incomprendiones, como las que sufrió él.

Salmo responsorial: *Dios asciende entre aclamaciones, el Señor al son de trompetas.*

Evangelio: *Mc 3,20-21: La familia de Jesús cree que está loco.*